

individual, es á la legítima, lo que el efecto á la causa, pues la riqueza privada sería inconcebible centro de los extraños límites de nuestra terrena existencia, si la suma enorme de trabajo que representa, no tuviera por móvil y aliento continuos el amor de los hijos y el respeto de los padres. El Estado se halla interesado en que así sea, porque él debe ser el símbolo de la justicia, más bien que el empresario de la felicidad material de unos cuantos asociados, y porque de lo contrario, el auge de la miseria misma lo obligaría á retrogradar, y entorpecería, cual rémora poderosa, su marcha administrativa.

Y ahora, señores, que los oradores del bienestar antifraternal y antisocial de un puñado de privilegiados, preconizan en todos los tonos, ese mentido é inhumano progreso que invocan! Por un lado una minoría fastuosa, que irá cubriéndose más y más de oro, de púrpura y de seda; radiosa á nuestra vista; en medio de los resplandores de la riqueza y quizá entre las embriagueces de la orgía; por el otro una mayoría indigente, cuyos lamentos amenazantes harán horrible contraste con las prosperidades de aquellos, os presentará el cuadro de la hambre ante la abundancia, de la tristeza enfrente de la alegría, de la desesperación ante la indiferencia, de amenazas, señores, he dicho y me arrepiento: que al sonar la hora, que siempre suena triste y lúgubrememente para todos los pueblos, quizá exclamarán esos indigentes y esos débiles: ¡vednos aquí, vednos prestos á morir por la justicia, por el orden, por el deber, por la dicha de nuestros hermanos y por la salvación de la patria!

AGUSTIN VERDUGO.

DISCURSO PRONUNCIADO

á nombre de la Sociedad de Abogados,
en el Panteón de Dolores, en las honras fúnebres

DEL SR. LIC.

D. SEBASTIAN LERDO DE TEJADA.

Ex-Presidente de la República.

DISCURSO PRONUNCIADO

D. SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

Excmo. Sr. Presidente de la República

Señores:

El Foro Mexicano llora hoy la pérdida de un grande abogado; la tribuna nacional, la de un grande orador; la Patria, la de un gran ciudadano! ¿Qué lenguaje podria expresar esta hondísima tristeza y el elogio de tan esclarecida gloria? Hay hombres superiores, cuyos méritos indisputables se imponen á propios y extraños, y ellos no necesitan para ser alabados, sino de la verdad y la justicia. Para seres tan extraordinarios, sus obras son su mejor elogio, y el único digno del Sr. Lerdo de Tejada seria la simple narración de su magestuosa existencia. Esta tarea ha sido ya desempeñada á maravilla por las elocuentes voces que me han precedido aquí y en el Cuerpo Legislativo, de tal suerte que á la humilde mta, órgano indigno de los sentimientos que este duelo ha hecho desbordarse en el Foro Metropolitano, sólo corresponde dar una idea de su inmensa aflicción, mostrando la grandeza de su pérdida, siquiera á grandes rasgos.

El Sr. D. Sebastián Lerdo de Tejada, era, desde su primera aparición en la capital de la República, uno de los miembros más eminentes del Foro mexicano.

Su educación y carácter parecían encaminarle, al alborear apenas su poderosa inteligencia, hacia esa profesión que él debía ilustrar tanto, y constituir, tras los reveses de la fortuna política, su último y más grato consuelo. Jamás carrera escolar más brillante contó con aptitudes más felices, ni fué coronada de más brillante éxito. El ilustre difunto había empezado á levantarse sobre su época y las figuras coetaneas más elevadas en la ciencia del Derecho, cuando un nivel común necesario se extiende inexorablemente bajo las rígidas reglas del aula y de la vida de colegio. Sus cualidades intelectuales eran las de esos pocos hombres que sobresalen siempre en las naciones, sin protestas de la agena presunción ni los disenti- mientos de la envidia, respetados y seguidos como oráculos, en medio de una corte de admiradores. Un juicio sereno y siempre exacto, un dón de argumentar lleno de vigor y firmeza, un conocimiento vasto de los negocios, un lenguaje diáfano y purísimo, hacían de él un abogado perfecto, y tales relevantes dotes se manifiestaban, con incomparable superioridad, ora se ejercitasen en el patrocinio de los intereses privados, ora brillaran en las más árdnas cuestiones políticas, ya como miembro del parlamento, ya como jefe del Alto Tribunal de Justicia, ora como eficaz colaborador y consejero del inmortal patricio de nuestra segunda independencia, Benito Juárez.

Pará exponer por entero la grandiosa vida del Sr. Lerdo, sería preciso, señores, trazar á vuestra vista toda la historia de ese período heróico, en que la antigua y venerable legislación á cuya sombra México había atravesado los siglos, era destruida por los nuevos principios del Derecho vigente, que aspirando á informar todos los ramos de la Administración, reclamaban, desde el profesorado, desde la prensa dia-

ria y desde lo alto de la tribuna, el triunfo actual, que cambió radicalmente todas las instituciones del pasado régimen gubernativo; pero que fué precedido de imponentes resistencias, de lucha heróica, de discusión ardentísima; antes de ser asegurado sobre el altar de la Patria.

Uno de los más importantes planteles de instrucción pública entre nosotros, aquel de cuyos nimbos de luz, aunque especialmente dedicados por la naturaleza de su instituto al estudio de las ciencias eclesiásticas, saliera en gran parte la legión de filósofos que difundió, al promedio de este siglo, en nuestra sociedad, las máximas todas del moderno derecho, debió singulares servicios á este ilustre ciudadano, que empleó los más preciosos días de su existencia, sus mejores esfuerzos, sus más constantes vigiliás en preparar con las armas siempre loables y útiles del saber y de la fe en el porvenir, á la grande y heróica generación, que inició en la historia la era importantísima de la transformación política y económica de México, y entregó al pueblo, hasta entonces súbdito sumiso, la diadema brillante de la soberanía nacional.

La hora avanzada en que me ha tocado subir á la tribuna, y el deber de no prolongar por más tiempo esta austera ceremonia fúnebre, me impiden, muy á mi pesar, referir los innumerables y valiosísimos servicios de que sera siempre deudora nuestra patria al ilustre repúblico, por cuya muerte estamos aquí congregados. La posteridad, señores, procurará, á no dudarlo, atraída y subyugada por la celebridad de un gran nombre nacional, recorrer los elocuentes discursos, los sabios dictámenes y las enérgicas comunicaciones ó notas del insigne abogado liberal. Pero, ¡ah! para comprender y sentir el alto pensamiento que animó esos colosales trabajos, será necesario transpor-

tarse á la época difícilísima en que fueron producidos, contemplar la variedad de los negocios públicos, á cual más complicado, los peligros y angustias de la nación, la indiferencia del mundo ante nuestra desgracia, el desaliento de gran número del partido liberal, y como única esperanza, propia sólo para helar el ánimo más esforzado, el espectáculo de la emigración, con la pérdida irreparable de la patria. Es en medio de todo esto, donde el ilustre Lerdo de Tejada, iuspirado por la libertad, que es la virtud de todas las almas grandes, se afana en atender á todos los pormenores de la administración, en prestigiar al gobierno liberal con el alto carácter que sus virtudes cívicas imponían á todos, y en exponer las máximas de nuestro derecho constitucional, única tabla de salvación en medio del naufragio y de la controversia ardiente de los partidos, única verdad sobre que reposa el conjunto de nuestro gobierno y se sostienen las garantías políticas de México.

Creyérase, señores, al estudiar nuestra vastísima legislación de ese periodo histórico, contemplar en el Sr. Lerdo á uno de esos raros estadistas sobre cuyo cerebro portentoso reposa tranquilo el destino de los pueblos, y á quienes una larga experiencia del gobierno y del sistema representativo les permite, bajo las formas más sencillas, sin esfuerzo ni meditación previos, abordar y resolver las más abstrusas dificultades, herir el sofisma, descubrir la sórdida ambición y caer como un rayo sobre su adversario.

Gloria, pues, señores, á su memoria y que su muerte, causa justísima de profunda tristeza donde quiera que sean una verdad la honradez y el patriotismo, sea el principio de la inmortalidad de ese distinguido ciudadano en el corazón de todos los mexicanos y en las páginas severas de la historia!

Señor (dirigiéndose al cadáver): la grandeza de vuestro carácter y los brillantes servicios que prestásteis á la patria; vuestra lucha infatigable, para hacerla respetar por el mundo civilizado, vuestra solicitud paternal en favor de la juventud, que os admiró y veneró siempre como á varón sabio; íntegro é inmaculado, han hecho que sean acompañados hasta aquí vuestros mortales despojos, con ese inmenso concierto de alabanzas y lamentaciones, que desde hoy acompañarán vuestra tumba, como el continuo y lastimero sollozo de vuestros compatriotas.

Fuisteeis, señor, entre nosotros, el tipo del talento, de la probidad y del patriotismo. Vuestros discípulos y compañeros, todos aquellos á quienes os dignásteis dar el dulce nombre de amigos, vuestro antiguo Colegio de Abogados, que no puede olvidar que siempre le profesásteis singular benevolencia, me han enviado para que os diga el último adiós, para que lllore sobre vuestra tumba y os asegure en su nombre, que vuestra vida, toda virtud, trabajo y amor á México, será su norma y el objeto de su veneración en el porvenir.

Señor (dirigiéndose al congreso) la grandeza de
nuestro carácter y las virtudes de los que prestas
leis a la patria, vuestro finca infatigable para hacerla
resplandecer por el mundo civilizado, vuestro abstrato pa-
terial en favor de la justicia, que es amado y venerado
siempre como a quien se debe el honor y el bienestar,
han hecho que sean acompañados de una gran cantidad
de mortales desgracias, que a veces han sido de las
danzas y lamentaciones que en el mundo se han con-
vuelto a una gran cantidad de desgracias y dolor.
Los vuestros compañeros
Tus hijos, señores, que en el mundo se han con-
vuelto a una gran cantidad de desgracias y dolor.
de la provincia de los vuestros hijos, vuestros dias
y compañeros, los que a veces han sido de las
nuestros hijos, señores, que en el mundo se han con-
vuelto a una gran cantidad de desgracias y dolor.
que no puede olvidar que
siempre le prestas servicios, que a veces han sido de las
para que se vea el mundo, que a veces han sido de las
que sobre vuestros hijos, señores, que en el mundo se han con-
vuelto a una gran cantidad de desgracias y dolor.
que vuestros hijos, señores, que en el mundo se han con-
vuelto a una gran cantidad de desgracias y dolor.
con sus hijos y el mundo, que a veces han sido de las
porvenir.

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA
DISCURSO PRONUNCIADO
— EN LA SESION SOLEMNE DEDICADA A LA MEMORIA —
DEL SEÑOR LICENCIADO É INGENIERO
D. MANUEL OROZCO Y BERRA

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA
DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA
D. MANUEL OROZCO Y BERRA

Señor Presidente de la República:
Señor Presidente y demás miembros de la So-
ciedad de Geografía y Estadística:

Cábeme la grande honra de ser, en esta impor-
tante sesión, órgano humildísimo de los sentimien-
tos de dolor y respeto que sienten, en el más alto
grado, las dos Corporaciones jurídicas de mayor mérito
entre nosotros, las cuales, sin reparar en mi insignifi-
cante persona; pero asociándome con dos de sus más
distinguidos miembros, me han encomendado el gra-
ve encargo de venir a expresar ante vosotros toda la
admiración y amor que les pertenecen hacia la figura
inolvidable y querida del sabio historiador, compañero
suyo y muy digno vuestro también, D Manuel Orozco
y Berra.

¿Qué se dijera, señores, que no valiera ingratitud
y desdoro para la Academia jurídico-mexicana, corres-
pondiente de la Real de Madrid, y para la Sociedad de
Abogados de la capital de la República, si al honrar,
como vosotros lo haceis hoy, la memoria de uno de
nuestros sabios más ilustres, ellas vieran con impasi-
ble indiferencia este solemne tributo otorgado por
vuestra Sociedad, centro y hogar de las ciencias en

CAPILLA ALEJANDRINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

México, al maestro respetable, agobiado por largos días de continuos desvelos; al anciano muerto tras las prolongadísimas fatigas del estudio y cuyo legado de saber á nuestra patria resulta de mérito tan inestimable y universal, que no habrá empresa científica entre nosotros, sobre todo si asume carácter nacional, que no lo tome en lo futuro por base, ni lo utilice por manera eficaz en todos sus trabajos é investigaciones?

Justa es, pues, y cual muy pocas merecida esta vuestra fúnebre ceremonia, en honor de quien consumió las fuerzas todas de la vida, hasta enriquecer el panteón de la historia nacional, con las más valiosas y eruditas exposiciones sobre un pasado envuelto en densa oscuridad, y de cuyo caos arrancó Orozco y Berra el orden y el colorido, la justicia y el ejemplo, la claridad y la gloria en orden á sucesos y hombres olvidados.

Y ah, señores ¡qué campo más dilatado y abstruso el de nuestra Antigua Historia! No era una aislada y reciente civilización la que había que exponer y explicar, contando para ello con toda suerte de medios y con el favor de numerosísimas y evidentes huellas, sino que requería, tras las más porfiadas disputas y hasta desvaríos, y sin dejarse influir por los mil precedentes originados, ya de superficiales observaciones, ora del ardiente celo de los partidos, remontarse á edades lejanísimas de nosotros, sorprender y seguir no pocas emigraciones de pueblos, cambios de dinastías, fusiones de unas con otras razas, conquistas y guerras sin cuento, civilizaciones, en fin, á cual más antagónicas, cuyos diversos elementos ya parecían empujar al observador á la cuna del mundo, ya atraerlo por señales inequívocas del más puro espiritualismo cristiano, ora fijar sus miradas sobre los futuros destinos de pueblos por gran manera dotados de las me-

jores aptitudes para el progreso; ora, por último obligarle á no desconocer la necesidad histórica de que un pasado moribundo fuese rejuvenecido por la virgen y nueva savia de las legiones conquistadoras.

¡Cuánto trabajo, cuánta perseverante investigación, qué finísimo discernimiento, qué tan segura imparcialidad no haya reclamado en la meritoria y laudable forma que vosotros justamente reconocéis, ese grandioso é impotente programa, lo reconocerán todos, aun aquellos que particularmente dedicados, como yo, á otra clase de estudios que los históricos, consideren, aparte las casi invencibles dificultades de carácter moral que todavía suscita en México el simple intento de historiar nuestro pasado, la gran suma de esfuerzos de todo género exigida por un trabajo intelectual cuyo primer mérito consiste, á no dudarlo; en el sacrificio de todo, aun de lo más agradable y querido, en aras de la verdad, para elevar en su templo austero y magestuoso, la ofrenda pura de todos los conocimientos humanos, lo mismo las severas y profundas meditaciones elaboradas trabajosamente en la soledad del estudio, que las rientes y encantadoras gracias de las artes, sin consentir jamás dominio ni por las simpatías indomables de nuestro natural carácter, ni por los temores y deseos siempre excusables de censuras y recompensas.

Y tal fué, señores, Orozco y Berra. Siempre sereno y superior, siempre impassible y grave, darcio levantarse sobre la historia misma. En vano se buscarán en sus obras esos ocultos designios sin cuyo calor se antojan, como imposibles, aun las más indiferentes labores de la inteligencia humana. Desdeñoso de elogios y de vehementes recriminaciones, él parecía no participar ni de las alegrías de la victoria ni de los odios encarnizados de los vencidos. Bajo su firme pluma

creeríase que no palpitaba ni la admiración hacia los héroes, ni el llanto amargo arrancado por las innumerables víctimas sembradas en nuestro extenso territorio al paso triunfal de la conquista. Y sin embargo, señores, permitidme la frase, ¡qué bellas hecatombes, que abundosa fuente de inspiración para erguirse hasta las cerúlas cimas de lo sublime, para sentir como Tucídides ó Quinto Curcio, para fulminar como Tácito ó para describir, á la manera de Tito Livio, esas matanzas horribles en nombre de la civilización, abriantadas de heroísmo y grandeza casi sobrehumanas; aquellas risueñas profecías cerniéndose, como parvadas de alondras, sobre la Pirámide de Cholula; ese Mesías indio tan dulce y sencillo, que fuera considerado por graves historiadores como un apóstol cristiano venido de la Persia á predicar el Evangelio entre las tribus prehistóricas; ese triunfo, en fin, sangriento á la par que fecundo en resultados grandes, de la Cruz, símbolo primitivo de ignominia y servidumbre, sobre el imperio más colosal y potente que amasaran los siglos del más ominoso despotismo. ¡Qué ocasión, señores, más propicia para historiador ménos severo que vuestro ilustre socio, aquella página que recuerda el hundimiento de las naves de Cortés, que sintiendo sobre sí toda la responsabilidad de inmensos y futuros destinos, no ofrece á su mermado y temeroso ejército, sin que le movieran los suspiros por la patria ausente, ni le arredrara la amenaza de la más cruel de las muertes, sino la ilimitada é implacable superficie del Océano, para que este espectáculo impusiera, como impuso en el ánimo español, la necesidad de la victoria! Curioso é interesante sería, señores, detenernos á estudiar la sencilla y concisa forma con que el Sr. Orozco y Berra expone todos estos hechos y episodios, que en todo tiempo han sido pasto inagotable para la

difusión histórica, con no poca mengua de temas interesantísimos y de los mil aspectos que presentan las antiguas razas de este continente.

Pero vuestro ilustre compañero, sabio crítico ante todo, si no tuvo reparo en humillar su alma elevadísima ante el respeto debido á las verdades religiosas, á las cuales rindió siempre sincero y fervoroso culto, jamás empleó otro lenguaje ni otorgó otras concesiones, que los permitidos por la severa y exigente ciencia de los hechos.

Todos vosotros sabreis cuán común ha sido en este inmenso osario de la civilización antigua en México, al remover los escombros del pasado, ver en cada trozo de ruinas un monumento de importantísima significación histórica, que no pocas veces ha servido para prohiar errores y fundamentar falsísimos sistemas. Pero si en la infancia de los hombres y de las naciones, toda clase de conjeturas es recibida con credulidad, llega para las naciones y para los hombres una edad madura en que sólo la verdad es admisible.

Este espíritu de crítica, estas nuevas luces, esta severidad de investigación, han cambiado la historia. Si ella no debe ser ya una mera compilación de fechas, de nombres, de intrigas, de combates poco importantes, de retratos imaginarios, debe dar á conocer también los climas, las producciones, la industria, las instituciones civiles y religiosas, las artes y las costumbres de las naciones. Los historiadores no son ya ni ardientes apologistas ni testigos parciales y prevenidos: ellos son jueces, y la historia, que no era sino la escuela de las ambiciones, se ha hecho la de los pueblos y de los hombres de Estado.

Por estos méritos de que Orozco y Berra fué insigne ejemplo entre nosotros, por estos méritos de suyo superiores á todo encomio y realzados en él con

incalculable caudal de erudición y preciosas enseñanzas, su labor histórica será, ante los juicios del porvenir, la mejor y más acabada exposición de nuestro tenebroso pasado, la apología más serena y justa de la civilización de nuestros predecesores, á la vez que la censura más tranquila é incontrovertible de todo lo que manchar y desdorar pudiera á la Conquista.

Aceptad, pues, señores, por mi humilde medio, la expresión sincera de los homenajes más entusiastas de admiración y respeto que envían la Academia y la Sociedad de Abogados, para unirlos á los que tributáis á vuestro ilustre compañero en el octavo aniversario de su muerte. Esas dos corporaciones, que representan en la Capital de la República el culto de la justicia, no han podido menos que sentir todo su gran deber de asociarse á vosotros, para dar esplendor y altísima significación á esta ceremonia, no sólo porque recuerdan que Orozco y Berra honró también la toga, sino porque están convencidas de que en el recíproco cambio en que frecuentemente y por especial necesidad de ambas tienen de estar la ciencia jurídica y la histórica, es la obra inmortal de aquél la que habremos de consultar en el Foro, como á oráculo seguro de verdad, como á honrada guía para practicar y defender ese mismo principio que el ilustre muerto respetó y realizó en sus estudios: dar á cada uno lo que es suyo.

DISCURSO PRONUNCIADO

AL INHUMARSE LOS RESTOS DEL SR. LIC.

D. GUILLERMO RAMOS URREA

MAGISTRADO DEL

TRIBUNAL SUPERIOR DEL ESTADO DE SINALOA